

TRASNOCHE

Pablo De Santis

loqueleq

El cine Lux estaba en una calle oscura, casi escondido por las ramas de los árboles. La sala pertenecía a una escuela parroquial, y se usaba para actos escolares, pero los sábados a la noche daban dos películas de terror. Las funciones empezaban a las nueve y terminaban a la una de la mañana. Los espectadores nunca éramos más de diez, incluido el acomodador. Con Isabel y Fernando, mis amigos, asistíamos a todas las funciones, y luego emprendíamos temblando el camino de regreso.

Teníamos doce años, y a esa edad se aprende una cosa muy importante: el cine es sólo la mitad de la película. La otra mitad es conversar. En el camino hablábamos de monstruos. Hablábamos de Igor y del resto del personal doméstico que suele atender en castillos, laboratorios y mazmorras. Hablábamos del miedo.

Una noche, frente a la puerta de su casa, Isabel nos preguntó:

—¿Qué es lo que les da más miedo?

No recuerdo qué dijimos. Tal vez *Cuentos de ultratumba* o *La noche de los muertos vivientes*, pero ella interrumpió:

—No hablo de películas. Hablo del miedo de verdad.

Para animarnos a hablar dijo:

—Punto uno: prohibido reírse cuando los otros cuentan sus miedos. Punto dos: no valen libros ni programas de televisión. Punto tres: lo que más me asusta son los ruidos de una casa vecina, todas las noches, como si afilaran cuchillos.

Isabel me miró con insistencia, y al cabo dije:

—A mí me dan miedo los perros.

—¿Cuáles perros? ¿Los dóberman?

—Todos. No tengo preferencias.

—¿Incluidos los chihuahuas? —preguntó Fernando.

—Incluidos los chihuahuas.

A pesar del punto uno, se rieron. Fernando quiso cambiar de tema, pero al final dijo:

—A mí lo que me da más miedo es el hombre de tiza.

Nunca habíamos oído nada semejante.

—No valen películas —recordó Isabel.

—No es una película.

—¿Qué es?

El dedo de Fernando trazó una figura en el aire.

—Es un dibujo en un pizarrón.

Era muy tarde y estábamos hablando en voz alta. Alguien nos chistó desde una ventana, e Isabel entró rápido en su casa.

El fin de semana siguiente la función se suspendió por un corte de luz (en esa época eran muy frecuentes) y nos volvimos a ver recién a los quince días. Como los tres íbamos a colegios distintos, sólo teníamos el cine como lugar de encuentro.

Después de la película a Fernando le tocó explicar qué era el hombre de tiza:

—Voy a una escuela que está a la vuelta de casa. Es muy grande, ocupa casi la mitad de la manzana. Un lunes de abril, cuando la maestra entró en el aula descubrió un dibujo en el pizarrón. Era una figura humana, una silueta. No estaba bien dibujado. Tenía ojos grandes, unas orejas puntiagudas, pero nada fuera de lo normal. Los ojos miraban fijos, sin vida. Y las manos tenían sólo tres dedos cada una.

—¿Te da miedo un dibujo? —pregunté—. Un dibujo se puede borrar. Los perros no.

—El problema no es que yo le tenga miedo. El problema es que todo el mundo le tiene miedo. La maestra quiso borrarlo, y no pudo. El trazo era de tiza, pero no se podía borrar, como si le hubieran pasado una mano de barniz. Trató de dar clase como todos los días, pero el dibujo la distraía, la desanimaba. Al segundo día la maestra se enfermó y no volvió en una semana. Nos mandaron una suplente. La directora ordenó cambiar el pizarrón por otro.

—¿Y qué pasó con el hombre de tiza?

—El portero de la escuela trató de lijar la superficie, para que el pizarrón se pudiera volver a usar. Se lo llevó al patio, y trabajó durante toda la mañana, sin poder borrar la figura. Empezaban los primeros fríos, y el hombre se enfermó. Estuvo diez días sin venir. La directora se dio por vencida e hizo llevar el pizarrón a la biblioteca. Todavía está allí. Le pusieron una sábana encima, para que nadie lo vea. Desde que está ahí nadie entra a la biblioteca.

—¿Y por qué no lo tiran?

—Es una escuela pública, hay que hacer trámites antes de tirar un pizarrón nuevo a la basura.

Nos miró.

—A eso le tengo miedo yo. Y veo por sus caras que ustedes también.

—Nos asustó porque es de noche —dijo Isabel—. Pero si fuera de día, no nos asustaría nada.

—Además no hay nada que no se pueda borrar —intervine.

—Si no me creen, vengan a verlo ustedes mismos.

—Sabés que no podemos hacer eso —dijo Isabel—. No somos alumnos de tu colegio.

—Desde el patio de mi casa se puede saltar al patio del colegio. Yo lo hice tres veces. ¿Qué? ¿No se animan?

En vez de ir al cine el sábado siguiente fuimos a la casa de Fernando. Vivía sólo con el padre, que trabajaba en un restaurante hasta tarde. A mí no me interesaba ningún dibujo en ningún pizarrón, lo único que me importaba era que Fernando no quedara como el único valiente frente a Isabel.

Trepamos una pared baja y saltamos al patio de la escuela; por una pequeña ventana entramos en un cuarto donde había escobillones y escobas. Empuñando la linterna, Fernando nos guio por los pasillos de baldosas negras y blancas. Entramos en la biblioteca. Había paquetes con libros atados en el piso, un par de pupitres rotos, mapas enrollados. Apoyado en el suelo, estaba el pizarrón, grande, cubierto con una sábana.

—Acá está —dijo Fernando.

Arrancó la sábana e iluminó con la linterna la superficie negra. Yo no llegué a ver nada, pero Fernando dio tal grito que eché a correr hacia la salida, y estuve a punto de perderme en los pasillos en penumbras. Es así la vida de un varón; una larga preparación para recibir el título de héroe, y en un segundo todo lo echamos a perder.

No hablamos hasta estar de nuevo en la casa de Fernando.

—Nos asustaste en serio con tu grito —le dijo Isabel—. No se hacen esas bromas. En el pizarrón no había nada.

Bastó mirar los ojos de Fernando para ver que no nos había hecho ninguna broma.

—El pizarrón estaba vacío —dijo.

—¿Y?

—El hombre de tiza se escapó.

Retomamos las idas al cine, pero Fernando siempre terminaba hablando del hombre de tiza.

—Siento que a veces está ahí. Que cuando salgo de mi cuarto, mira mis cosas, mi ropa, mis zapatos. El otro día encontré una huella de tiza en la tapa de un libro.

Isabel trató de tranquilizarlo:

—Muchas veces sin darnos cuenta nos apoyamos en el pizarrón. Todos terminamos manchados de tiza.

—No, son las huellas que deja él. En los discos, en los zapatos, dentro de los cajones, aunque estén cerrados con llave.

Fernando estaba raro, y eso hizo que las idas al cine agotaran su encanto. El cine es sólo la mitad de la película. Como volvíamos caminando en silencio, la otra mitad la perdíamos.

Al año siguiente los tres entramos en el secundario. Un sábado esperé en vano a mis dos amigos en la puerta del Lux, y al final entré solo a ver la película. Apenas terminó salí de la sala, sin esperar la segunda. Meses más tarde volví a encontrarme con Isabel, pero me dijo que el cine de terror había dejado de interesarle, que las películas le parecían tontas, para chicos. Una tarde toqué el timbre en la casa de Fernando y una mujer me dijo que se había mudado, no sabía adónde.

Ya estaba en tercer año cuando volví a ver a Fernando en el primer piso de un Pumper Nic, una casa de hamburguesas que dejó de existir hace tiempo. Yo estaba solo, estudiando. Al día siguiente tenía que dar un examen de matemática. Trataba de concentrarme en los problemas, pero todo me distraía, y miraba la cara de cada uno que entraba en el salón. Entonces lo reconocí. Fernando estaba altísimo, muy delgado, y vestía uniforme de colegio privado: un blazer azul con un escudo, camisa blanca, pantalón gris, corbata azul.

Tuve que decirle mi nombre para que me reconociera, entonces se dibujó en su cara una sonrisa triste.

—Claro que me acuerdo. Las idas al cine. A Isabel la vi un tiempo más.

Como ya no éramos amigos, podíamos decirnos la verdad. Los dos aceptamos que Isabel nos había gustado siempre. Después miró mi carpeta y me ayudó a resolver un complicado problema de aritmética. Con paciencia y lentitud, como si le hablara a un niño de tres años, me explicó los procedimientos para llegar a la solución.

—No me imaginaba que sabías tanto de números.

—Soy buen alumno. Me saco diez en todo —dijo sin vanidad, con resignación—. Los números me ayudan a liberarme, a descansar.

Me extrañó que dijera eso. ¿A quién podían hacerlo descansar los números? Después hablamos de cine, de su colegio, de su padre, hasta que al fin dije lo que no debería haber dicho.

—¿Te acordás de tu hombre de tiza?

Pensé que no se acordaría, o que se reiría de su viejo miedo. Pero me agarró de la mano con fuerza y apretó hasta que me dolió.

—Nunca debí haber mirado lo que había en el pizarrón. No hay que jugar con el hombre de tiza.

Y eso fue todo lo que dijo. Yo quise disculparme pero no me dio tiempo. Lo vi alejarse entre las mesas con pasos de sonámbulo. Antes de que se perdiera de vista descubrí, en el blazer azul, a la altura del hombro derecho, una huella blanca. Tres dedos de tiza.

EL TRUCO DE LA BALLESTA

—¿Le molesta si me siento acá? —preguntó el hombre gordo. El hombre flaco, que estaba dormitando, abrió los ojos. Miró la cara del otro. El vagón estaba vacío. Se encogió de hombros.

—Le agradezco —dijo el hombre gordo, y acomodó su portafolio de cuero en el asiento vecino—. Ya sé lo que usted está pensando: qué pesado. Todo el vagón vacío, y éste viene a sentarse justo frente a mí.

—No hay problema, siéntese donde quiera.

—Pero no quiero que piense que lo hago sólo por ser pesado. Tengo una buena razón para haberme sentado aquí. ¿Adivina cuál es esa razón?

—Tal vez tenga ganas de conversar.

—Si fuera así, buscaría a alguien con aspecto de conversador. Pero usted dormía. Además tiene sobre su maletín un libro. Una historia de la magia. Usted, en los viajes, o duerme o lee. No conversa.

—Puede ser —dijo el hombre flaco con fastidio.

—Entonces debo tener otra razón. ¿Adivina cuál?

—No soy adivino.

—No es adivino. Pero es mago. Por eso me senté frente a usted: lo reconocí. No tiene el frac ni la galera, ni se ha engominado el pelo. Parece mucho más joven que cuando está sobre escena...

—Le agradezco...

—... pero igual lo reconocí. Soy muy fisonomista. Lo vi actuar en el teatro Regio.

—Ésos eran buenos tiempos...

—Me encantó el truco de la jaula. Y el de las espadas.

—Habrá visto que no es el truco tradicional de las espadas. Le añadí...

—El cambio de la muchacha por el puma. ¡Magnífico!

El hombre flaco suspiró.

—Era la época de los grandes trucos. Ahora hago cosas más sencillas. Barajas, conejos y palomas. Ni siquiera tengo asistente.

—Bueno, en mi modesta opinión es en los trucos de barajas donde se ven los verdaderos magos, ¿no?

El hombre flaco no respondió. Miró por un momento el paisaje. El campo infinito.

—¿Y esa chica tan delgada y tan bonita? —quiso saber el hombre gordo—. Era muy flexible, entraba en cajas, en jaulas...

—Entró en la habitación del dueño del teatro. Y no salió.

—Y ahora usted va por los pueblos...

—En los teatros de las grandes ciudades ya no hay lugar para la magia. Pasó de moda.

El hombre gordo se indignó:

—¡La magia nunca va a pasar de moda!

—La magia tal vez no. Los magos, sí.

El hombre gordo guardó silencio por un momento, como si estudiara sus palabras. Después dijo:

—¿Puedo darle mi humilde opinión? Yo creo que lo que echó a perder la magia es la costumbre de los magos de divulgar los trucos.

—¿Le parece?

—Es mi teoría, modestamente.

—No creo que eso tenga influencia. Siempre hubo gente que adivinó los trucos.

—Ya lo sé. Pero hay una especie de filosofía en no revelar los trucos. La filosofía de la magia. La palabra “filosofía” tal vez sea inadecuada; digamos: la ética de la magia. Yo considero a los magos que revelan los trucos como traidores.

—¿“Traidores”? —se extrañó el hombre flaco—. ¿No es un poco exagerado hablar de “traidores”?

—En absoluto —dijo el hombre gordo—. Le pongo un ejemplo lamentable: el mago Fantástico. Se puso a revelar los trucos de los grandes maestros: El jarrón chino, Las flores invisibles, La mujer decapitada... Años de silencio y de pronto él estaba ahí, dando explicaciones. ¡Hasta prometió explicar el truco de la ballesta!

En ese momento el guarda, vestido con un viejísimo uniforme gris, pasó a pedir los boletos. Un silbato plateado le colgaba del cuello. El hombre gordo y el hombre flaco buscaron en sus bolsillos los boletos: cartoncitos de color blanco y amarillo. El guarda los agujereó con su máquina y siguió su camino.

El hombre flaco retomó la conversación, con un dejo de melancolía en su voz:

—Fantástico murió el mes pasado. Nunca llegó a explicar el truco de la ballesta.

—Leí la noticia en el diario. Si me permite, le diré que no le dieron el espacio que merecía. Estaba preparando un truco con pólvora, ¿no?

—No. Él jamás hacía trucos con pólvora.

—¿Y cómo fue que...?

—Alguien lo hizo volar por los aires.

—¿Es posible que haya sido un mago rival? ¿O estaba metido en algún amorío?

—La verdad, que no lo sé. Lo mataron, eso es todo.

El hombre flaco parecía ahora bruscamente desanimado. Se puso a mirar por la ventanilla. Pero al cabo de un rato, el hombre gordo le dijo:

—Yo igual no me animaría a criticar al asesino.

—¿Qué está diciendo? ¿Le parece bien que maten a un mago sólo porque prometió revelar un truco?

—Yo, como humilde aficionado que soy, admiraba a Fantástico. Pero tengo que ser realista. La traición al oficio es lo peor que hay. No es una traición a una persona determinada, es una traición al legado de los grandes magos. Es vender el alma. Es perder el corazón. Sé que es una época difícil para los magos, pero es justamente en los tiempos difíciles cuando se pone a prueba la fuerza de la tradición, los valores que nos gobiernan.

—¿Es usted mago?

—Yo solamente puedo hacer desaparecer una moneda. No, soy un admirador de la magia. Y casi me atrevería a decir: un especialista en magia.

—¿Y hasta dónde llegan sus conocimientos?